

bam
bú

El enigma del Cid

M.^a José Luis



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2010, M.^a José Luis
© 2010, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Miquel Puig

Segunda edición: noviembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-097-2
Depósito legal: M-44.658-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S.A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

| | |
|--|-----|
| 1. La exposición del Arco de Santa María | 7 |
| 2. Misterioso asalto en el Arco de Santa María | 31 |
| 3. El casco del Cid | 62 |
| 4. Nolo | 87 |
| 5. Asalto en la catedral | 95 |
| 6. El cofre del Cid | 123 |
| 7. La segunda tarjeta | 151 |
| 8. El abuelo de María | 158 |
| 9. El tapiz | 185 |
| 10. El señor García | 213 |
| 11. El monasterio de San Pedro Cardeña | 236 |
| 12. La Tizona | 268 |
| 13. El enigma | 300 |
| 14. <i>Babieca</i> | 335 |
| 15. Santa Águeda | 370 |

1. La exposición del Arco de Santa María

En Burgos había dos estaciones: invierno y la del ferrocarril.

Aquel dicho popular era exactamente lo que debió pensar Pablo al exhalar una última bocanada de aire justo antes de entrar en el Arco de Santa María. El frío intenso y el helor del invierno convertían su aliento en una nubecilla blanca que se evaporaba al instante.

Pablo se había rezagado del resto de su clase cuando iban a visitar una exposición sobre cultura medieval y caballería que se celebraba en el interior del Arco.

El Arco de Santa María era una de las doce puertas de la muralla de la ciudad, y su aspecto exterior era impresionante. Visto de frente parecía un enorme castillo señorial, con dos robustos torreones, coronado por cuatro almenas.

La fachada de piedra la ocupaban varias esculturas de personajes ilustres y en la base del monumento, en el centro,

se levantaba un gran arco a modo de pasadizo que comunicaba, por un lado, la plaza donde se encontraba la catedral y, por el otro, el puente de Santa María que cruzaba sobre un río flaco llamado Arlanzón.

El interior del edificio, dividido en dos plantas, había sido restaurado para convertirlo en una sala de exposiciones.

Pablo estaba situado en el centro mismo del pasadizo, bajo el arco, en el umbral de una pequeña portezuela excavada en un lado, por la que se accedía al interior de la exposición. De repente una voz áspera a sus espaldas interrumpió su momento de distracción:

–Señor Ruiz Campos –resonó en la retaguardia–. Haga el favor de reunirse con sus compañeros. Le estamos esperando.

Era el insufrible don Félix, profesor de matemáticas, ciencias naturales y dibujo; además de tutor de segundo A de la ESO, la clase de Pablo.

Don Félix era un hombre de moral rígida. En realidad todo en él era rígido. Era alto, delgado y caminaba totalmente recto, con los hombros echados hacia atrás, como si en todo momento estuviera marcando el paso en un desfile militar. Tenía la cabeza pequeña cubierta de pelo canoso, muy corto, y sus fríos ojos grises controlaban todo lo que ocurría a su alrededor. A los lados, dos enormes protuberancias le servían para oírlo todo mejor. Algunos de sus alumnos comentaban, a sus espaldas claro, que en vez de orejas tenía dos paneles auditivos. Esto, unido a la antipatía que se había ganado a pulso, hacía que fuera conocido en todo el colegio por el apodo de *el orejas*.

Siempre tenía el gesto serio y severo, tal como se reflejaba en su cara de enfado permanente. Intentaba demostrar su superioridad exigiendo a sus alumnos que le llamaran don Félix y él, a su vez, para marcar más la distancia se dirigía a ellos por el apellido.

Pablo giró sobre sus talones en la dirección de la voz. Ahí estaba él, plantado en medio de la portezuela excavada en el arco por la que se accedía a la exposición.

Advirtió en su mirada fría un tono de reproche. No necesitó nada más. Sin despegar los labios, el centelleo furioso de sus ojos le guió hacia el interior. Apretando los oídos al mismo tiempo que inclinaba la cabeza ligeramente en señal de sumisión, Pablo ascendió por la estrecha escalera de caracol hasta el primer piso. A sus espaldas sentía la mirada fija de don Félix clavada en la nuca. Y es que el profesor caminaba justo detrás de él, a paso lento.

Ya en lo alto de la escalera su amigo Jaime esperaba con impaciencia a que subiera los últimos peldaños. Jaime Romero Blanco era el mejor amigo de Pablo. Era un rubiales de piel clara con el rostro salpicado de pecas. Un chico de carácter tranquilo que tenía la sonrisa pintada en la cara todos los días y a todas horas.

Jaime, siempre prudente, advirtiendo la figura del orejas detrás de su amigo, intercambió con él una mirada de complicidad en apenas una fracción de segundo. Al instante se comprendieron. Ambos odiaban al orejas.

Cuando Pablo subió el último escalón pudo contemplar la amplia sala que se abría paso ante sus ojos. Tenía forma cuadrada y tres de las cuatro paredes estaban formadas

por arcos creando un corredor o pasillo alrededor de todo el perímetro de la sala. Estaba repleta de vidrieras y urnas que protegían los objetos más curiosos, como lanzas, escudos, cilindros de metal, arcas de madera y a duras penas podía divisar bajo los destellos de los focos algunas piezas de ropa antigua.

La luz natural entraba a raudales a través de tres ventanas enmarcadas a su vez en tres arcos ojivales. Las paredes eran de piedra blanca inmaculada debido a la reciente restauración para convertir la estancia en una sala de exposiciones. El techo estaba cubierto en parte por una vidriera octogonal de vivos colores y un gran lienzo ocupaba una de las paredes, dando un toque de color a la austeridad de la sala. El suelo de mármol blanco apenas se hacía visible debido a la multitud de gente congregada.

Pablo echó un rápido vistazo en derredor. Además de su clase se veían numerosos grupos de estudiantes de cursos superiores. Algunos parecían incluso universitarios. Estos últimos se acercaban a las piezas expuestas con un bloc de notas y un lápiz.

El público, en general, era de lo más variopinto. Había señoras elegantemente vestidas y algún ejecutivo, con un impecable traje y el abrigo bajo el brazo, que había aprovechado la hora del almuerzo para acercarse.

Pablo tenía una especial intuición para detectar a los profesores o historiadores. Vestían de manera informal, con chalecos de punto y pantalones de pana. Tenían una edad considerable, pasada la cincuentena y podían pasarse largos minutos contemplando con obsesión un objeto

determinado. Y por último no podían faltar los jubilados que repartían su exceso de tiempo libre entre el calor de las exposiciones y el hogar del pensionista.

Pablo, Jaime y don Félix se reunieron con el resto de los alumnos en un extremo de la sala. Don Félix se adelantó unos metros hasta alcanzar a la persona que amablemente se había quedado al cuidado del resto de la clase en su ausencia.

Jaime, aprovechando un punto ciego en el campo de visión del ojeas, le dio un codazo a Pablo:

–¿Qué? ¿te ha echado la bronca?

–No mucho, pero si las miradas matasen...

–Has tenido suerte, si te llega a pillar en el colegio seguro que te la cargas.

Don Félix miró fijamente a sus alumnos y, con un solo gesto de su mano, consiguió aglutinarlos a todos alrededor de la persona a la que iba a presentar.

–Bien, ahora que estamos todos –dijo el ojeas clavando sus pupilas en las de Pablo–, les voy a presentar a Antonio Fernández que, responsable en parte de esta magnífica exposición, será quien nos guíe a través de ella. Espero que todos ustedes guarden el debido silencio mientras el señor Fernández nos acerca a una parte tan importante de nuestra historia.

–En primer lugar, muchas gracias por venir. Como bien ha dicho vuestro profesor, mi nombre es Antonio y voy a intentar que conozcáis un poquito mejor la cultura medieval y la caballería a través de uno de los caballeros más conocidos de todo el mundo. Estamos hablando, como todos

sabéis, de Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como el Cid Campeador, nacido en nuestra tierra y personaje importante en su época, admirado y estudiado en todo el mundo.

Antonio Fernández era un hombre joven. Su mirada tranquila y el tono agradable de su voz irradiaban humildad, la misma con la que día a día intentaba transmitir sus conocimientos a los numerosos visitantes que la sala recibía. No obstante, el entusiasmo de sus palabras, expresadas con el orgullo de un padre que presenta a su hijo, delataba la pasión y la admiración que Antonio sentía por el héroe burgalés.

A lo largo de su vida profesional se había encargado de multitud de exposiciones, sin embargo, la dedicación y el esfuerzo de esta se veía reflejado en los rostros del público. El resultado era soberbio. La calidad, el valor de los objetos reunidos y la cantidad de información rescatada lograban que el visitante, en unos minutos, se sintiera inmerso en otro mundo, en otra época.

–Lo primero que vamos a ver –comenzó diciendo Antonio– es una pequeña muestra de la cultura medieval. Como seguramente sabréis, en realidad eran tres las culturas que integraban la España de aquella época: la cultura musulmana, la judía y la cristiana. A continuación veremos una serie de objetos cotidianos que reflejan con claridad cómo vivían nuestros antepasados.

Antonio Fernández guió a su grupo a través del laberinto de urnas y vitrinas hasta dar con la que buscaba: una especie de pequeños capuchones con plumas, guantes de cuero con una cuerda asida en un extremo y una serie de anillas se exponían ante sus ojos.

—Este era el deporte favorito de la nobleza —dijo Antonio—: la cetrería, que consistía en adiestrar aves rapaces como el halcón y el gavián para cazar tórtolas, palomas y en ocasiones incluso liebres.

Los ojos de los chicos aguzaron la vista para contemplar con renovado interés el interior de la vitrina. A sus mentes vino de pronto la imagen que habían visto en multitud de películas: un gran halcón posado con elegancia en el brazo de su dueño y cómo ante un gesto suave de éste el ave se lanzaba surcando el cielo en busca de su presa hasta darle alcance en pleno vuelo.

A continuación la mirada de todos se paseó por multitud de objetos decorativos, como arquetas de plata islámicas, botes de marfil de origen cristiano y candelabros para, después, continuar con piezas agrícolas de la época como un viejo arado romano.

Pero lo que más llamó la atención de todos fue la sección dedicada a la vestimenta. Todos se quedaron parados ante lo que una tarjeta identificativa denominaba «abarca» o «albarca»: una especie de zapato hecho de piel de vaca o de cabra, formado por una única pieza y con los laterales doblados hacia arriba. En todo el perímetro tenía unos ojales por los que pasaba una tira del mismo cuero que se anudaba en el tobillo.

Pablo miraba las antiquísimas albarcas y las comparaba con las modernas deportivas de su amigo Alberto. Era un compañero de clase, un chico de una nobleza tan grande como su altura, gracias a la cual se había convertido en un héroe al ser la estrella del equipo de baloncesto del colegio. A Pablo siempre le había asombrado el tamaño del pie de su amigo.

–¿Te imaginas jugar con eso? –le dijo entre susurros a Alberto dándole un codazo.

–Seguro que no encestaba ni una –le contestó.

–Claro que de tu talla tampoco las harían –observó Pablo.

Jaime y Javier, un simpático pelirrojo que estaba junto a ellos, esbozaron unas risas mudas que se quebraron en el mismo instante en que la mirada gris del orejas se posó sobre ellos. Había que fastidiarse. Pero si estaba en la otra punta, ¿cómo era posible que les hubiera oído?

Antonio Fernández se dirigió de nuevo al grupo.

–Ahora lo que vamos a ver son las armas del caballero medieval. Lo primero que tenéis que saber es que existían dos tipos de armas. Las defensivas son el yelmo, el almófar, la loriga, las calzas y finalmente el escudo. Y por último las ofensivas como son la lanza y la espada. Seguidme.

Toda la clase siguió al guía que atravesó la sala entre el gentío. El éxodo del alumnado hacia el lado opuesto se vio dificultado no solo por la cantidad de gente que se concentraba en la sala, sino por la conducta caprichosa de muchos visitantes que se paraban en los lugares menos indicados a contemplar las piezas expuestas, y que emergían uno tras otro como escollos insalvables.

Sorteando a unas cuantas personas Pablo tropezó con alguien. Un chico joven miraba a todas partes sin ver nada ni a nadie. Tenía un aspecto desaliñado. Vestía unos vaqueros viejos y desgastados y una cazadora de cuero. Podía parecer un estudiante si no fuera por la ausencia de libros y carpetas. Emitió un escueto «perdón» sin bajar la vista y

siguió su itinerario incierto. Pablo le siguió con la mirada durante unos segundos. Con las manos en los bolsillos caminaba entre la gente mirando hacia arriba unas veces, hacia la entrada otras o simplemente observando a la gente. En cualquier caso lo que parecía claro era que los objetos expuestos le resultaban indiferentes. A Pablo aquel tipo le pareció sospechoso.

Cuando llegaron todos los chicos junto al guía al otro extremo de la sala, don Félix, como un pastor vigilante hizo un recuento mental del rebaño. Estaban todos.

Antonio Fernández comenzó de nuevo su exposición:

–Mirad –dijo señalando el primer objeto que se exhibía tras los cristales de una enorme vitrina apostada de pared a pared. Frente a ellos aparecía un viejo casco de metal oxidado.– El yelmo o casco –prosiguió Antonio– era la pieza que defendía la cabeza del caballero, entre otros, de los ataques de las espadas enemigas. Como podéis ver tenían forma cónica y por lo general eran de hierro. Esta parte –dijo señalando la parte delantera central– servía para proteger la nariz. Justo al lado está el almófar que era una especie de capucha de malla metálica que se colocaba debajo del yelmo dejando libres solo los ojos.

Pablo y Jaime se sonrieron con la mirada. Ambos estaban pensando lo mismo. A ellos el almófar se les antojaba como una capucha espacial más que medieval, ya que los destellos metálicos les recordaban en parte a la indumentaria de los superhéroes protagonistas de los cómics que ellos se intercambiaban.